

EN GALERIA MEDIEVO DE HONDARRIBIA
EL PAISAJE QUEMADO DE JUAN AYESTA

El joven pintor guipuzcoano Juan Ayesta (Beasain, 1960), ganador del Certamen de Noveles (1982), becado por el Gobierno Vasco (1983-85), presenta en Galería Medievo de Hondarribia (Plaza Gipuzkoa, 6) su Serie de Pintura "Iluna-Mandubia", acompañada de un texto lunar que dice:

"Iluna, oscuridad, H₂O, barro, ocre y tierras, negro, vegetal, cuasimarrón, palos, huesos, suelo y suciedad, objetos encontrados, hil luna fuego, caballo seco y putrefacto, plástica abierta, relieve, perímetro, respirar, inspirar, expirar, iluna".

Textura ocre

Se trata fundamentalmente de doce paisajes quemados y calcinados de texturas ocre, sobre los que el pintor fosiliza, calaveras de oveja, y huesos, maderas, palos, hojas, hierbas y tubos de pintura, hasta lograr un paisaje desolado, cuasibíblico, de honda raíz expresiva y romántico significado. Las obras de esta serie están fechadas 1988-1990 y parecen responder a un momento en el que la conexión con Barceló y Corman de ciertos momentos resulta bastante explícita.

De lo que no cabe duda, es de que Ayesta sigue afianzándose en sus primeras intuiciones, gustos por los repertorios expresionistas, materismo y textura, no renuncia a una iconografía simbolista; y desarrollando una tendencia hacia códigos un tanto brutalistas.

En el fondo de este "Paisaje quemado" (1990) siempre nace un amor oculto hacia la madre Tierra que fagocita y purifica en su seno cualquier tipo de vida, de material y resto de cultura. Da lo mismo que sea un gran círculo con caña y cristal pegados (1989-90) que un espléndido paisaje con restos de lana, muelle de cama y madera adherida. La sensación y el grafitto de "Paisaje quemado" (1990) en ocre, está siempre presente a lo largo de toda esta serie de pinturas.

Figura expresiosimbolista

Pero Ayesta no olvida del todo nunca la figura humana, la facies del “homo carnívorus” convertida en detritus o en cabeza de asno o cordero degollado, como otra constante permanente a lo largo de toda su pintura. Se trata de un tratamiento aparentemente ingenuo, pero lleno de rasgos de oficio, raspadura, adherencias, trallazos de color. Hay como un querer construir con pocos elementos, con sobriedad de medios y a grandes trazos un fresco humano de indudable hondura. Y es en estas profundidades del pensamiento donde Ayesta logra sus mejores aciertos plásticos, sin excesiva retórica, tan del gusto de muchos pintores de hoy en día. Su pintura, necesita de pocos resortes y de pocos colores, los necesarios, le sobran casi como a los expresionistas y a los cubistas. A él le interesa el grueso del pigmento y la adherencia, la textura y la magrura de los mismos informalistas. La silueta de una botella, o de una boca de desagüe de ciudad, el rostro humano o restos de un cesto de mimbre y unos trozos de madera son el “leit motiv” del que parte toda la composición y el resto de la pintura.

“Soledad de soledades y todo soledad” parece decirnos el canto necrofílico de este joven artista. Sin resabios de denuncia ecológica ni tremendismo fin de siglo, hay en toda su obra un grito apocalíptico.
